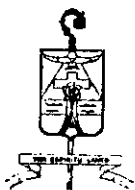


OBISPADO DE QUILMES

C. PELLEGRINI 1650 - TEL. 250-2323
1879 QUILMES - Bs. As. - ARGENTINA

Sres. Vicarios - Presbíteros
Sres. Diáconos - Superiores/as Religiosos/as
Virgenes Consagradas - M. del Cons. de Pastoral
Directivos de Coleg. Católicos - Mov. y Organizaciones



Novenario Latinoamericano de la
Evangelización.

La diócesis "En estado de misión"

CIRCULAR Nº

79/85

Ref.: Transcripción de la Homilía que el Padre Obispo de Quilmes, Jorge Novak, grabó en el Hospital Frances para la misa de la comunidad diocesana en la Catedral de Quilmes (22 de setiembre de 1985: 16.30 hs).

Queridos hermanos y hermanas en Jesús:

Con esta original homilía, grabada desde el lecho de enfermo en que me encuentro en un Hospital de Buenos Aires los saludo con todo el afecto y el cariño de padre y amigo como a hijos de esta querida diócesis de Quilmes.

Quiero compartir con Uds. tres pensamientos, tres sentimientos, tres experiencias que, me parece, sintetizan estas semanas que Dios me ha otorgado como una gracia para mí y para Uds.

① En primer lugar la experiencia del amor misericordioso de Dios nuestro Padre, de Dios Uno y Trino; ese amor misericordioso que la Biblia, la Iglesia, y la experiencia de cada uno de nosotros tantas veces nos ha hecho palpar. Esa es propiamente la expresión que yo puedo emplear para decir que en un momento de gran angustia inmediatamente sentí como nunca la presencia de ese amor misericordioso que me dio seguridad, así como dice el texto de las profetas, levantándome desde mi postración, haciéndome caricia en su casa y proveyendome de todo lo que yo iba a necesitar en ese camino de recuperación. ¡Que El sea bendito por esta gracia! Una gracia que he querido vivir, desde el primer momento, en un clima constante de oración. La oración que me permitió no distanciarme de Uds., no estar ausente de sus hogares, de sus parroquias, de sus comunidades, de sus grandes problemas de trabajo, de sus problemas de salud. Esa oración del Huerto de los Olivos que siempre afluyó a mis labios desde lo más hondo de mi corazón: "No se haga lo que yo quiero, sino lo quieres TÚ". La oración de Jesús en el calvario: Las siete palabras que me daban fuerza y luz en estas jornadas de deber y de prueba.

Pero también la oración de alabanza de Jesús; la alegría de vivir la gracia; la alegría de ser instrumento, un mundo nuevo, en la obra de la salvación.

② Un segundo sentimiento, hermanos, es el de haber comprendido mucho mejor la gracia de la Redención; la gracia de la redención que siempre hemos meditado, que siempre la predicamos, pero que la he comprendido un poco más como una gracia especial de Dios. Que la Redención debía hacerse así: En un extremo dolor físico; en un extremo abandono espiritual, y de que eso Jesús, como Siervo de Yahvé, lo había puesto a disposición del plan de Redención, con un amor que no supo en ningún momento de quebranto, de defallecimiento. Sentirme un poco más cerca de este misterio como sacramento personal de Cristo a través del Episcopado, como delegado suyo en la responsabilidad que yo debo cultivar con la diócesis en nombre de Jesús. Ese amor sponsal puro y fuerte, siempre dispuesto al sacrificio. Todo esto hermanos ha sido para mí una obra de misericordia, una iluminación particular de la gracia de Dios.

Comprendí también por qué la Santa Misa es la culminación de la vida de nuestras comunidades. Porque ese único y eterno acto de Redención, como dice Juan Pablo II, que se obró en el abandono total de Jesús, cuando allí nos reconcilió con Dios, ese único y eterno acto sacrificial y redentor que se va actualizando en los sacramentos, pero muy particularmente en la Santa Misa. Comprendí que la Cruz es la verdad. Que cuando más me sentía en las tinieblas esa Cruz, como una llave, iba abriendo la compuerta de la Resurrección, por donde se derramaba, desde el misterio pascual de Cristo, el misterio también de su Espíritu, el nacimiento de su Iglesia. Por eso, hermanos, celebremos la Santa Misa como el acto más ímportante de nuestro culto, de nuestra vida, de nuestra realidad. Y digamos con mucha fuerza después de cada consagración: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡Ven, Señor Jesús".

Por eso también, hermanos senti que, en esa extrema pobreza y anonadamiento que había sufrido Jesús empezaba El el dominio y señorío de la creación, de la Humanidad. Pasaba a ser el Señor, El que se había hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz esperaba a ser glorificado, como debe continuar siendo glorificado por nosotros en la Iglesia, y en el mundo. Por eso tengamos fe en el poder divino de es-

de este Señor. No nos dejemos amilanar por las dificultades, por estas pequeñeces que a veces nos sobrecogen en la vida. Tengamos fe en el Señor Jesús, en su presencia en la Iglesia, en la acción de su Espíritu.

③ En tercer lugar, hermanos, la evangelización. Un mandato formal. Ya no es un consejo, hermanos. Lo que hemos experimentado, lo que vivimos: tenemos el sagrado deber de comunicarlo; el ser testigos de una vida nueva. Es el momento, hermanos de recordar los mandatos que Jesús nos ha dado:

- Que amemos a Dios sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos;
- Que tengamos unidad entre nosotros, porque sin ella la evangelización queda frustrada completamente;
- Que sepamos ser servidores los unos de los otros como él lo hizo simbólicamente en el lavatorio de los pies;
- Que sepamos que el amarnos los unos a los otros como El nos amó es un mandato formal que no admite discusión y que debe llegar hasta la puesta en común de nuestros bienes, de nuestras enfermedades de nuestras pequeñeces y también de nuestras grandezas espirituales.

Este, hermanos, es el mandato final que nos ha dejado Jesús y que nos compromete tanto en estos momentos.

Nosotros somos los herederos, de alguna manera, de aquella comunidad de indios de Quilmes que se acogieron allí, en ese mismo lugar donde Uds. están celebrando ahora la Eucaristía; se acogieron hace más de 300 años a la sombra de la Santa Cruz: la exaltación de la Cruz de los Quilmes.

El Sínodo recuperó este signo maravilloso, nos dio la Cruz sinodal. Y Juan Pablo II, el año pasado y todos los Obispos en el Celam y América Latina han hecho ahora caminar por nuestros territorios y nuestras diócesis la Cruz del medio milenio de la evangelización.

Hermanos: Estos son misterios grandes. Todo lo que podamos hacer para que otros hermanos nuestros conozcan mejor este misterio a través de la palabra, del testimonio y de una comunidad viviente será lo mínimo que Jesús nos está peidiendo en estos momentos.

Aprovecho esta circunstancia para agradecerles a todos: los que están allí presentes, los que no lo están, y a muchas otras personas que yo sé que me han ayudado con su afecto, con su oración, con su cariño, les agradezco de corazón esta caridad que han ejercido conmigo.

Uds. van a hacer la profesión de fe y van a pasar a las ofrendas y al sacrificio.

Yo también, hermanos, hago mi profesión de fe:

"Señor Jesús, yo soy tu representante. Tu eres el único Señor de la diócesis de Quilmes. Tu eres el verdadero esposo de esa comunidad que te has adquirido con tu sangre y que tu quieres que tenga el rostro sin mancha ni arruga.

En la presencia de estos hermanos míos te prometo fidelidad también en adelante; no ser dueño sino servidor.

Administrar con sabiduría, con generosidad la clave de la Palabra, la de los sacramentos y la de los corazones, en nombre tuyo, con tu ayuda, con la ayuda de tu Espíritu.

En estos días que yo meditaba cómo saldría a ser un obispo como debo serlo -pobre, humilde- siempre me acordaba de las palabras que elegí como Obispo y como programa:

¡V en Espíritu Santo! Y tenía la seguridad de que la forma y la duración y la generosidad: Todo esto me lo da el Espíritu Santo.

De un modo muy particular quiero poner en las manos de Dios esta mi vida a los nueve años de Obispo. Que ella sea una ofrenda

ahora, tome esta pobre vida y la llave como ofrenda al altar. En ella confío, a Ella le agradezco todo lo que me ha dado como Obispo y por esto termino honrándola e invocándola con estas palabras tan nuestras:

¡Ave María Purísima, sin pecado concebida!

Y a todos uds. mi bendición, y a través de Uds. a todo el mundo mi más afectuoso saludo. A men

Quilmes, 22 de septiembre de 1985.

